

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 55 - SEPTIEMBRE 1996

Director

Asdrúbal de la Torre

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Edgar Jaramillo Salas

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Tiberio Jurado, Rector de la
Universidad Central del Ecuador.

Sandra Correa,

Ministra de Educación.

Diego Rivadeneira,

Min. Relaciones Exteriores.

Héctor Espín, UNP.

Consuelo Feraud, UNESCO.

Washington Bonilla, AER.

León Roldós, Universidad Estatal de
Guayaquil.

Edgar Jaramillo Salas,

FENAPE.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Portada

Luigi Stornaio

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Tel. 506 149 544-624. Telex: 22474

CIESPAL ED. Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec.

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de la revista. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a

Chasqui

NOTA A LOS LECTORES

Como “babelólogo” (estudioso de la Babel de lenguas que es la ciencia), “experto en expertos” (conocedor de quienes tienen la información especializada), “el espíritu que siempre niega” (similar al Mefistófeles de *Fausto*) y de muchas otras maneras ha sido definido el periodista científico. Pero, más allá de las definiciones, está la importancia que va adquiriendo en un mundo crecientemente tecnologizado y enormemente dependiente de la ciencia, más aún si consideramos que la mayor parte de los ciudadanos de nuestros países, incluidos los considerados “cultos”, ignoran muchas cuestiones científicas y tecnológicas. Por ello, en los albores del tercer milenio en el cual se acentuará la importancia de la ciencia y la tecnología, y nuestro grado de dependencia hacia ellas, el papel que deberán jugar el periodismo y la divulgación científica -los dos emparentados pero no iguales- será mucho mayor. *Chasqui*, que nunca ha permanecido ajena a las revoluciones informativas ni al progreso científico y tecnológico, ha querido poner en común algunas preocupaciones de connotados periodistas y profesores de Iberoamérica sobre esta compleja y exigente temática, para renovar el diálogo en torno a los **Medios, ciencia y tercer milenio**.

Desde el “animal político”, sedentario habitante de la polis griega, y aun antes, hasta el “animal informático” sedentario y nómada electrónico de la ciudad actual, el espacio urbano se ha transformado desmesuradamente, y con él todo lo que lo ha configurado, inclusive la comunicación, dimensión que suele no ser muy considerada al analizar la ciudad y su complejidad. En **Comunicación en el espacio urbano**, *Chasqui* quiere contribuir al debate, ya iniciado de manera fructífera por otras instituciones como la UNESCO, y a la construcción de un mejor conocimiento sobre la relación existente entre los diversos procesos de comunicación, macros y micros (no obstante la multiplicidad de enfoques de los estudios sobre comunicación urbana -dice Javier Esteinou Madrid- nos hemos olvidado de la comunicación interpersonal, no por micro menos importante para entender el problema y aportar a su solución), y la ciudad, en la perspectiva no solo del diagnóstico, sino también de la proyección hacia urbes más humanas, más democráticas, más vivibles.

La caja registradora se ha convertido en la editora de ciertos medios impresos dentro de una tendencia que considera que “el texto es despreciable”, algunos entretelones de la radiopasión del padre de la radionovela: Félix B. Cagnet, la vigencia de la onda corta tradicional y otros temas de interés constituyen esta edición 55 con la que esperamos seguir suscitando el debate y la socialización de pensares y sentires acerca del multifacético mundo de la comunicación. Al acercarnos al décimo quinto aniversario de *Chasqui*, en su segunda etapa, renovamos nuestra fe en este cometido y en nuestros lectores, interlocutores y parte sustancial de él.

MEDIOS, CIENCIA Y TERCER MILENIO

Periodismo y divulgación científica son actividades cada vez más importantes en un mundo crecientemente tecnologizado y dependiente de la ciencia.



COMUNICACION EN EL ESPACIO URBANO

Es necesario conocer más ampliamente las relaciones entre la comunicación y la ciudad, no solo en la perspectiva del diagnóstico, sino también en la de la proyección hacia una ciudad más humana, más democrática.



4 Los comunicadores y el III milenio
Manuel Calvo Hernando

8 Ciencia, tecnología y desarrollo
Tomás V. Unger

11 Divulgación de la ciencia ¿para qué?
Luis Estrada

14 La noticia científica en el Tercer Mundo
Martín F. Yriart

18 Nuevas tecnologías y periodismo científico
Félix Ares

22 Médicos y periodistas
Juan Mendoza-Vega

25 Ciencia y razón en el cine y la TV
William Evans

30 ¿Cómo escribir artículos de divulgación científica?
Elizabeth Ballén

34 La formación del periodista científico, un problema prioritario
Amalia Beatriz Dellamea

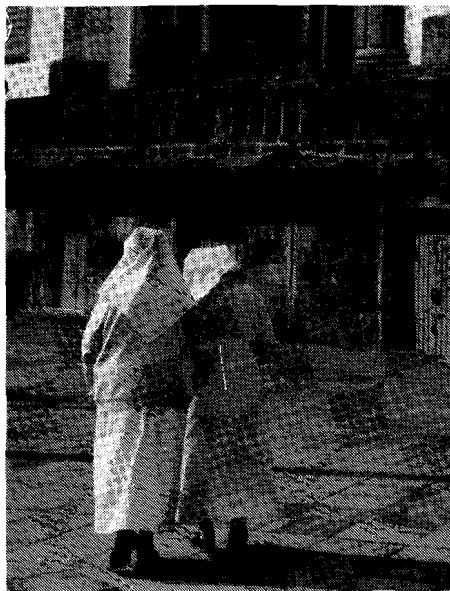
38 ¿Cultura literaria... o cultura científica?
Alexis Schlachter

40 Divulgar la ciencia en México: un reto
Patricia Magaña Rueda

44 La ciudad es un libro abierto
Fernando Carrión

48 Comunicación y genealogía urbana
Gabriel Eira

52 La ciudad como proceso de comunicación
Javier Esteinou Madrid



- 56 El graffiti: spray, paredes y algo más...
Patricio Falconí
- 58 Comunicación municipal, un aporte a la democracia
Fernando Ossandón C.
- 61 En Caracas: una radio sin antena
José Tomás Angola
- 64 Periodismo urbano: hacia una nueva generación de periodistas
Ana María Miralles
- 66 Por una ciudad comunicable y comunicadora
Alejandro Alfonzo
- 69 Periodismo urbano y calidad de vida

APUNTES

- 72 Romper lanzas por la onda corta tradicional
Ignacio Canel B.
- 75 Neofrivolización en la prensa
Carlos Morales
- 78 El cartero siniestro
Christian Ferrer

ENTREVISTA

- 82 Otras huellas de Félix B. Cagnet
Joaquín G. Santana
- 85 IDIOMA Y ESTILO
El periodista y el gerundio
Hernán Rodríguez Castelo
- 90 RESEÑAS



NUESTRA PORTADA

Caracteres de miseria en el quinto piso.
Oleo sobre lienzo.
70 x 120 cm. 1994

LUIGI STORNAIOLO

DISEÑO PORTADA Y
CONTRAPORTADA

ARTURO CASTAÑEDA V.



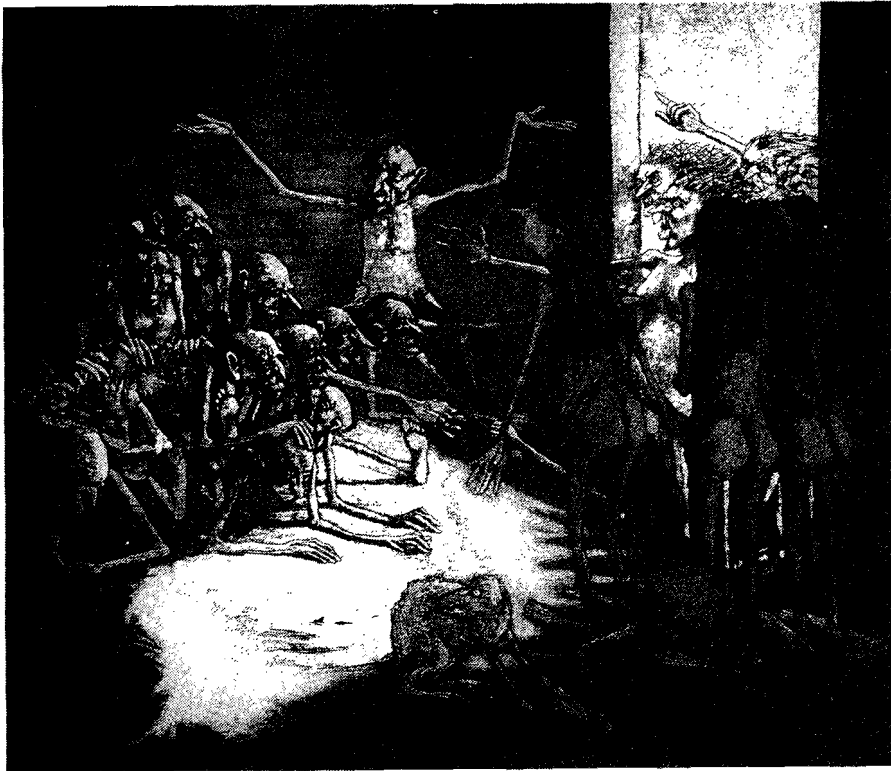
El cartero siniestro

Theodore Kaczynski, matemático

¿Franciscano, iluminado, *rara avis* o trastornado? Theodore Kaczynski es alguien que renunció a vivir en sociedad. La reticencia no excluye la animosidad: de vez en vez, una vez por año y a lo largo de diecisiete años, Kaczynski se convirtió en el cartero siniestro de ciertos científicos y de altos ejecutivos. Con los años devino una de las presas más codiciadas por el FBI, por cuya cabeza se ofreció un millón de dólares y cuya caza consumió cincuenta de los grandes. La redada más cara en la historia del FBI. El tipo sanguíneo del hombre es raro, cruza inusual de viejo de la montaña y de anarcoterrorista con causa antiindustrial.

Alguien que se proponga la tarea de levantar los cimientos de hierro de la modernidad ha de ser por fuerza un hércules, un profeta o un loco. Tres hilos centenarios que han hilvanado violencia política, santidad, visiones negativas del futuro y maximalismo ideológico en una costura tan irregular como tirante. El embrollo no se desovilla únicamente por las puntas de la locura ideológica y la excentricidad biográfica. No sorprende -es un tic, es una política- que el periodismo global haya carneado solo en los "detalles" y cotilleado sobre lo espectacular y absurdo de los blancos de Kaczynski, pero asombra que hayan sustraído sus ideas si se piensa que toda la bambolla sobre el asunto comenzó a emerger a partir del pedido de publicación de su manifiesto en el *Washington Post* y en *The New York Times*.

El hombre es un caso: no hay tradición de eremitas violentos. Los retirados del mundo suelen llevarse sus palabras, porque el voto de silencio es la verdad lingüística que se corresponde con el desapego. Zaratustra vacilante, Kaczynski al fin lanza su mensaje sobre la mejilla del mundo en un típico libelo esparcido en doscientos catorce párrafos y algu-



Luigi Stornello, Ecuador

Durante 17 años, Theodore Kaczynski (alias Unabomber) preparó artesanalmente cartas explosivas que dejaba caer, preferentemente, en el buzón de científicos y ejecutivos. Sin embargo, la genealogía de este ascético y contemporáneo anarcoterrorista, la presa más codiciada del FBI, se remonta al 12 de abril de 1811 cuando los ludditas, en Inglaterra, iniciaron la primera revolución social de la era moderna al luchar contra la violencia de la técnica que la ideología del progreso disimulaba. Aunque no es correcto clasificar a Kacsynski entre los ludditas, su parentesco es evidente. Esta es, al menos, la conclusión que nos propone el autor de este artículo.

nas notas al pie, obsequiado por la gran prensa a sus lectores a modo de librito. Un diario mantiene contactos con avisadores, con personeros gubernamentales, con fuentes generalmente bien informadas, con lobbies; en suma: con el poder. Difícilmente la carta de un lector merece la primera plana. Pero una carta-bomba puede trastocar el cierre de redacción: todo atentado se anuncia en primera página. Lógicamente, Unabomber reclamó la publicación de su larguísimo manifiesto a cambio de suspender su peculiar correspondencia. ¿Chantaje? ¿Pulseada? Un hombre solitario pone en tensión la ideología de la "circulación de la información", mostrando que la pregunta por el tipo de material que los medios están dispuestos a imprimir o exhibir en su era de la comunicabilidad total no carece de pertinencia, como tampoco la que inquiere sobre las relaciones ambiguas que unen a refractarios y periodistas.

Pero el hombre anónimo siempre ha de sospechar de la escritura: la tipografía es una huella digital tan buena como cualquier otra, especialmente en una época en la cual los críticos literarios de la policía son hermeneutas bastante más capaces que sus parientes de la academia o del periodismo ilustrado. La crítica familiar es aún más feroz: la esposa de su hermano, filósofa, barruntó la identidad del terrorista. El cerco se estrechaba y su hermano, trabajador social, acabó de anudarlo. Unabomber es el alias, pero Kaczynski firmó su manifiesto libertario como FC (*Freedom Club*). El Director del FBI se llama Louis Freeh y Jim Freeman el encargado de las operaciones en su contra. Truco y retruco. A Orwell le hubiera encantado. Y la panoplia policial usada para cazarlo no le habría sorprendido del todo: rayos infrarrojos, rastreo satelital de la cabaña, sensores y micrófonos injertados en la arboleda cercana. Buscaban a un asesino por naturaleza pero se encontraron con un matemático artesano y retirado a la vida natural: limaba hasta la última de las tuercas y potenciaba el conjunto explosivo con astillas de madera.

En fin, las personas que recorren el dominio de la verdad pura no pueden ser buenos vecinos. Las figuras del genio y del científico "loco" habitan ese perímetro pero no es difícil amontonar allí al profeta y al mártir político. Si bien cada cual se confina en su identidad y

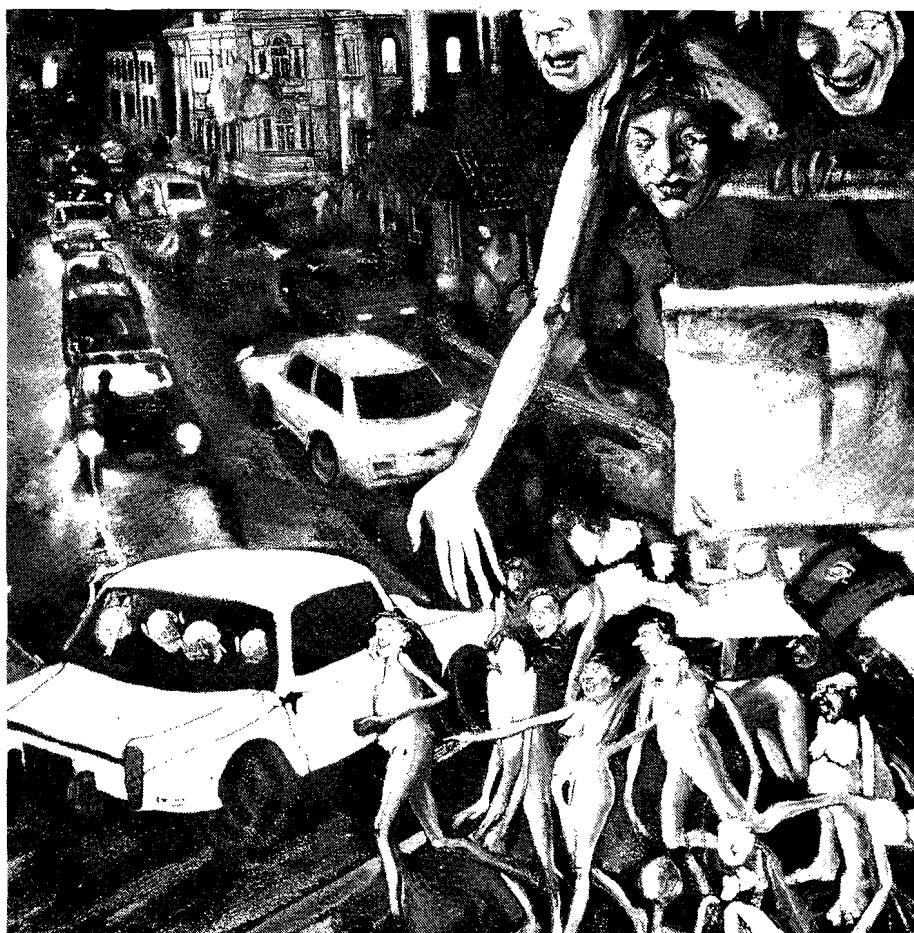
tarea, no se descartan las transfiguraciones ni la tentación de atar los cabos sueltos.

Si la correspondencia entre vida ascética y violencia política es tan conocida como inquietante, menos evidente es el troquel donde se encastran las matemáticas y la ideología libertaria. La matemática -como la física, como la música, como las ideas anarquistas- es uno de esos dominios donde solo operan las fuerzas puras de la "verdad". A veces unas se precipitan sobre las otras, despeñadas por el deslizamiento moral hacia lo siniestro, la excentricidad pura y llana, la angustia metafísico-política o alguna otra variante de la indefinición humana. No es claro cuál de ellas llevó a Theodore Kaczynski a abandonar un futuro seguro y a retraerse en el silencio absoluto hasta que inicia su cruzada unipersonal contra la modernidad tecnológica. Pero, para quien orbita a la belleza científica o ideológica, la imperfección del mundo se hace demasiado patente. Insoportable.

Ned Ludd, destructor de máquinas

La genealogía de Unabomber se remonta al 12 de abril de 1811. Ese día, 350 hombres, mujeres y niños arremetieron contra una fábrica de hilados de Leicester destruyendo los grandes telares a golpes de martillo y prendiendo fuego a las instalaciones. El incendio y el haz de mazas se desplazó luego hacia los condados vecinos de Derby y Nottingham, corazón de la Inglaterra de principios del siglo XIX y centro de gravedad de la Revolución Industrial. A este inédito estallido de furia popular se lo conoció como la rebelión luddita, por el nombre de un personaje fantasmal e inexistente -Ned Ludd-, pergeñado por los sediciosos para desorientar a las autoridades y para reconocerse entre ellos.

A los acontecimientos que durante un par de años tuvieron en vilo al país y al rey se los devoró el incinerador de la historia. Los hechos son escasamente conocidos porque aún se mantienen, en buena medida, en estado desconocido. Apenas quedaron testimonios: algunas



Luigi Semerak, Ecuador

canciones, actas de juicios, noticias periodísticas, una sesión del Parlamento, poco más. Y los hechos: un año de lucha social violenta, mil cien máquinas destruidas, doce mil soldados enviados a "pacificar" las regiones sublevadas, cinco o seis fábricas quemadas, quince ludditas muertos, trece confinados en Australia, otros catorce ahorcados ante las murallas del Castillo de York, y algunos coletazos finales. Tanta furia está condensada en un breve pie de página en los manuales de historia de las revoluciones populares. Son estampas de una guerra a la cual, de vez en vez, tecnócratas, economistas e historiadores progresistas rescatan y exhiben como muestra ejemplar del absurdo político. ¿Reivindicaciones reaccionarias, etapa artesanal de la conciencia, revuelta obrera empañada por tintes campesinos? Nada de eso. Fue la primera rebelión social moderna: los ludditas percibieron la catástrofe moral que se cernía sobre el país y decidieron resistirla.

Entonces, como ahora, una estrategia de recambio y aceleración tecnológicas y de realineamiento forzado de las poblaciones retorció los paisajes. El ingreso inconsulto de nueva maquinaria a gran escala, la evicción semiobligada de las aldeas, la extensión del principio del lucro indiscriminado y el violento descentramiento de las costumbres fueron caldo de cultivo de la rebelión. Pero el lugar común no existió: los ludditas no renegaban de toda la tecnología, sino de aquella que representaba un daño moral al común; y su violencia estuvo dirigida no contra las máquinas en sí mismas (obvio: no rompían sus propias maquinarias) sino contra los artefactos simbólicos de la nueva economía política triunfante (concentración en fábricas urbanas, maquinaria imposible de administrar por las comunidades).

Del mismo modo, la bomba anarquista que en 1902 estalló cerca del Observatorio de Greenwich no fue tanto una desmesura nihilista como una bofetada apuntada a uno de los emblemas simbólicos de la ciencia. El luddismo percibió agudamente el inicio de la era de la técnica, la cual nos enfrenta con problemas desmesurados que se descargan constantemente en todo el planeta y ante los cuales no hay respuestas. Los hombres solo cuentan aquí como lubricante. Y co-

mo la historia de las víctimas de la técnica es una historia anónima solo rastreable en los accidentes laborales o de tránsito recopilados en páginas interiores del diario, la violencia sufrida se disuelve rotativamente. De allí que a las raíces de la actual transformación tecnológica haya que buscarlas en la Revolución Industrial. En ese tiempo, los Ludds no se enfrentaron solamente a codiciosos fabricantes de tejidos pertrechados con maquinaria "moderna" sino a la violencia técnica que la ideología del progreso disimulaba. Futuro anterior: pensaron la modernidad tecnológica por adelantado.

Unabomber, ideólogo

Los fuegos ludditas habían sido olvidados hasta que Kaczynski publica su evangelio antiindustrial en el *Washington Post*. No es correcto clasificarlo entre los ludditas: la guerra de un solo hombre no equivale a una rebelión social. Pero no es menos cierto que la "sensibilidad" luddita se ha encarnado de vez en vez en huelgas salvajes, en el sabotaje y el boycott, y en las propuestas maximalistas de reorganizar la cultura economicista de la fábrica sobre principios de justicia debatidos en común.

La fibra de odio que atraviesa su manifiesto (por lo demás, aplastantemente lógico) trae a memoria el eco de la "propaganda por el hecho" anarquista. En la tradición anarcoindividualista, el atentado tenía una función "terapéutica": el mecanismo de relojería de la bomba es el reloj despertador de los oprimidos. El "atentador" suponía que a la violencia de clase propietaria, "cotidiana" y "domesticadora", había que oponer una violencia "espectacular" y "aleccionadora". La mayor parte de los atentados individualistas fueron perpetrados en persona y a cara descubierta, pero los hechos violentos que dieron renombre a Unabomber estaban monitoreados a distancia. Como Noé después del naufragio moral de la sociedad y como Cortés luego de quemar los barcos, Kaczynski ha sido su propio juez y su propio estado mayor de ejército. Las palomas mensajeras que enviaba de vez en cuando llevaban declaraciones de guerra. Pero las justificaciones morales con las que explica sus hechos en el manifiesto son más que endebles.

Aunque la asunción de la violencia cometida es distinta, el tipo de exigencia



Luigi Stornaiolo, Ecuador

política de los viejos anarcoindividualistas y de Unabomber es similar: la rendición incondicional de la sociedad mundial. Menos recalcitrante, una corriente de ideas actual, llamada "Neoludita", propone volver la ciencia y la técnica hacia un horizonte comunitario. En Inglaterra y en Estados Unidos ya no pretenden "destruir" a la sociedad industrial como reorientar radicalmente su sensibilidad y su mentalidad tecnológicas. El paraíso tecnológico prometido se sostiene sobre la ideología del confort individual y del progreso social; y como el porvenir cobra dividendos por adelantado, solo puede justificar el sufrimiento presente publicitando una fuga alucinada hacia el más allá.

Theodore Kaczynski quiso entorpecer la huida. Pero, su manifiesto resultó ser una mezcla tan ingenua como aguda compuesta por partes iguales de aver-

sión a la tecnología, verdades tan incontestables como imposibles de concretar y críticas impiadosas a marxistas, ecologistas y feministas que han de haber aturrido al 99% de los lectores. Para Kaczynski, la sociedad industrial es caja de Pandora y los males aventados han sido la degradación ambientalista, la destrucción del mundo simbólico de las comunidades pequeñas, la disolución de la cultura familiar, el surgimiento de nuevas técnicas psicológicas, tecnológicas y neurobiológicas de control del comportamiento, la adecuación excesiva a creencias sociales, el aislamiento del hombre de la naturaleza, el hacinamiento urbano, la incontrolabilidad del cambio social y la mengua de los espacios de libertad causada por la acción del proceso tecnológico. Y todo ello es efecto de la mentalidad tecno-científica y de la sociedad industrial-tecnológica. ¿Cuánto hay de paranoia en Unabomber y cuánto de lucidez?

Los temas no son inocentes ni improcedentes. Pero no hay oídos para ellos en un mundo donde la única violencia legítima permitida es prerrogativa estatal y donde cualquier otra violencia solo puede ser mostrada como espectáculo. La violencia técnica que se descarga cotidianamente sobre el cuerpo en las ciudades pasa desapercibida. Y adolece de redentores. Cuando ocurre una desgracia urbana solo los tontos piden inútilmente responsabilidades porque el *deus-ex-machina* que dispone sobre el teatro de operaciones es anónimo, ilocalizable, burocrático, indiferente e irresponsable, y jugando su solitario elige al azar la docena de víctimas diarias que hay que asentar en el balance municipal al final del día. Un accidente de tránsito, un accidente laboral, el desgaste final del cuerpo luego de 35 años de trabajo, son explicados por los tecnócratas como casos individuales o incidentes aislados. Dicen: "es preciso olvidar a las víctimas de las industrializaciones aceleradas, de los planes de ajuste de cuentas, de las renovaciones tecnológicas en las fábricas". Y agregan: "hay que mirar para adelante". Pero ni siquiera la burocracia o la casta política pueden hacer algo. Los cimientos de la mentalidad tecnológica están tan enraizados que levantarlos retorcería las mentes y desviaría el curso de la historia humana. Y en nuestros días pensar la historia está estricta-

mente prohibido, porque pensarla es pensar el poder.

En Argentina, y en otras capitales de Latinoamérica, por añadidura, un rampante snobismo tecnológico se monta sobre la agresividad típica con que el país asume y cumple los ucases del Zar. Y estos no son atributos folklóricos de la nación: son su moral y su contenido. Súmeles la disolución de la memoria histórica: a juzgar por sus inquietudes, el drama constitutivo de la historia política contemporánea de los argentinos que azuza y espanta cotidianamente a sus conciencias se llama "hiperinflación". Poco se puede hacer contra eso.

El Estado, verdugo

La horca es, desde muy antiguo, un castigo infamante. La generosa Inglaterra de comienzos del siglo XIX convidaba con ella a todo tipo de delincuentes. Pero, aún faltaba incluir en el nomenclátor de faltas gravísimas a los delitos contra la maquinaria industrial. Un día memorable de marzo de 1812 se reunió el parlamento inglés para votar una ley que adjuntaba el inciso faltante a la Pena Capital. Cuatrocientos loores levantan la mano a favor y solo uno en contra. Es Lord Byron, quien concurre a la sala magna por primera y última vez con el fin de abogar por los ludditas. A la ley se la conoció como "Frame-breaking bill": por cada golpe dado con el martillo a una máquina con ánimos de destrucción habría de quebrarse una nuca. A catorce se les dobló la cerviz por la fuerza. Fue un día simbólico en la historia del capitalismo. Habría que declararlo feriado. Ludds y anarcoindividualistas son hoy olvido. Y en el caso de Unabomber, siendo historia periodística, su fecha de caducidad está incluso antedatada. A Theodore Kaczynski le espera probablemente la desolación del pasillo que conduce a la silla eléctrica. En 1812, sus ancestros ya habían aprendido lo que significa recorrer una avenida de cadalsos. La historia de Kaczynski será injertada en el árbol de los excéntricos porque un hombre solo jamás puede transformarse en contrapeso de una época. Un pueblo podría, aun cuando el éxito le estuviera negado de entrada. De todos modos, no es por el folklore por lo que habría que recordar a los ludditas, sino porque auguraron e inauguraron el problema, nuestro problema. ●

Difícilmente la carta de un lector merece la primera plana. Pero una carta-bomba puede trastocar el cierre de redacción: todo atentado se anuncia en primera página. Lógicamente, Unabomber reclamó la publicación de su larguísimo manifiesto a cambio de suspender su peculiar correspondencia.

